

pero si quiero decirte que todos estamos llenos de confianza y de esperanza, que nuestra voluntad de vencer nos hará rebasar todos los obstáculos y que daremos cuenta de los miserables que han cometido ese crimen infame...

Paris 25 octubre 1895.

Los meses son muy largos cuando se sufre tan cruelmente; se parecen por su monotonía y su tristeza. Con esta carta va el nuevo correo; como los precedentes él te llevará palabras de esperanza y el eco de nuestra inmensa afección. La espectación es larga y atroz, pero confía en nosotros, no será vana...

Paris 10 noviembre 1895.

Leo y releo la sola carta que tengo de tí, la única que me ha traído ese correo y que acabo de recibir esta mañana. Es bien poco, pero me siento muy dichosa de poseer este pobre y débil eco de tu persona querida. No dudo que me escribas con frecuencia, por penoso quizás que te pueda ser el escribir, no pudiendo decirme nada, absteniéndote de verter tu corazón para evitarme un dolor demasiado grande.

¿Por qué no remitirme esas cartas que son mi solo consuelo? ¿Por qué hacer aún más penosa la situación de dos seres, tan desgraciados, ya?...

Nuestros pequeñuelos, Pedro y Juana continúan siendo dos buenos y hermosos niños, llenos de corazón, amables para todo el mundo; están muy sanos y cada día se hacen más altos y más fuertes.

¡Qué felicidad será la tuya, cuando por fin hayamos hecho conocer la verdad, al estrechar entre tus brazos á esos pequeños seres que amas tanto, por quienes sufres tan cruelmente y que te harán dichosa la vida por su afección!

Paris 25 noviembre 1895, media noche.

Debo enviar las cartas mañana por la mañana para que salgan en el vapor del 9 de diciembre, y, á pesar de la hora avanzada de la noche, no puedo resistir al deseo de hablar otra vez contigo. Es para mí una cosa desgarradora el dejar partir estas líneas inanimadas, triviales y frías que están tan lejos de responder á mis pensamientos, á mi ternura, á mi afección. No puedo expresarte lo que siento por tí, el sentimiento es demasiado violento para que pueda describirlo; pero me parece que no soy ya sino una parte de mí misma: mi alma, mi corazón, están ahí, en esas islas lejanas, cerca de tí, mi esposo bien amado. Mi pensamiento está contigo noche y día; esto me ayuda á vivir y es un poderoso sostén...

LUCÍA.

CONTINUACION DE MI DIARIO

8 enero 1896.

Los días, las noches, transcurren terribles, monótonos, de una duración interminable. De día es

pero con impaciencia la llegada de la noche para disfrutar de algún descanso; de noche, espero con no menos impaciencia el día, esperando calmar mis nervios con un poco de actividad.

Leyendo y releyendo todas las cartas recibidas este correo, he comprendido el terrible golpe que mi muerte causaría á los míos; que mi deber, sea lo que sea, es resistir hasta el último aliento.

12 enero 1896.

Respuesta del señor Presidente de la República á la súplica que le dirigi el 5 de octubre de 1895:
«Rechazada, sin comentarios.»

24 enero 1896.

Nada he de añadir ya; las horas se parecen en la espera angustiosa, enervante, de un mañana mejor.

27 enero 1896.

Por fin he recibido un buen paquete de libras; llega á mi poder después de haberlo esperado tantos meses.

Con esto, forzando mi pensamiento á que se fije, he conseguido dar algunos momentos de reposo á mi cerebro; pero ¡ay de mí! no puedo leer mucho rato, tanto está fatigado en mí todo.

2 febrero 1896.

Ha llegado el correo procedente de Cayena; no trae cartas para mí.

12 febrero 1896.

Acabo de recibir mi correspondencia. Nada aún; es preciso que luche, que resista todavía.

*
**

Algunos extractos de cartas de mi esposa recibidas en esta fecha:

París 9 diciembre 1895.

Como siempre, tus cartas esperadas con viva ansiedad me han causado una viva emoción, un ráyo de felicidad, y el solo momento de tregua y de alegría que fengo durante estos largos meses, estos días abrumadores y penosos. Cuando leo esas líneas tan llenas de voluntad y de energía, siento que todo tu sér vibra conmigo; tu actividad moral sostiene mis fuerzas y me parece que éstas se duplican por el poder de tu voluntad...

Paris 19 diciembre 1895.

El año pasado, por este tiempo, creíamos llegar al fin de nuestro calvario. Habíamos depositado entera confianza en la justicia y el abominable error que se ha cometido nos ha llenado de estupor. Un año entero se ha pasado entre los más atroces sufrimientos, tanto por la indigna herida que nos han hecho como por la vida cruel á que te han sometido física y moralmente...

Paris 25 diciembre 1895.

No puedo resistir al deseo de escribirte otra vez antes de la salida del correo. Siempre son las mismas cosas las que te diga, pero no importa, te hablo, me aproximo á tí durante un momento y esto me hace bien...

No te he hablado, por decirlo así, de los niños, y ellos son sin embargo los que nos ligan á la vida, por estos pequeños soportamos esta situación intolerable, y, á Dios gracias, ellos no recelan nada. Todo es gozo para ellos, cantan, ríen, charlan, animan la casa.

LUCÍA.

CONTINUACION DE MI DIARIO

28 febrero 1896.

Nada ya que leer. Días, noches, todo se parece. No abro nunca la boca ni pido nada tampoco. Mis conversaciones se limitan á preguntar si ha llegado ó no el correo. Pero me han prohibido hablar, ó lo que es lo mismo, han prohibido á los vigilantes que contesten á ninguna de mis preguntas por baladías, por insignificantes que sean las que yo haga.

Quisiera vivir hasta el día del descubrimiento de la verdad para proclamar bien alto mi dolor, los suplicios que se me infligen.

3 marzo, 6 tarde.

El correo procedente de Cayena ha llegado esta mañana á las nueve. ¿Tendré carta?

4 Marzo 1896.

No tengo carta. ¡Qué atroz suplicio y con qué frecuencia se renueva!

8 marzo 1896.

Días lúgubres. Todo me está prohibido; siempre frente á frente con mis pensamientos.

9 marzo 1896.

He visto llegar esta mañana, muy temprano, la canoa del comandante de la penitenciaría. ¿Traerá, por fin, algo para mí?

¡Ay de mí! ¡Nada! una simple visita de inspección.

No vivo ya sino por una inaudita tensión de nervios, por la voluntad, por la expectación ansiosa del fin de esas torturas sin nombre.

12 marzo 1896.

Por fin acabo de recibir mi correspondencia. ¡Siempre nada, ah!

**

Extractos de cartas de mi mujer recibidas en esta fecha.

Paris, 1 Enero 1896.

Este día, primero de enero, me parece más largo, más penoso. ¿Por qué?—me pregunto;—las causas del sufrimiento son las mismas, así de día como de

noche; en tanto que tu inocencia no sea reconocida, el peso que nos oprime es demasiado abrumador para que podamos tomar parte en la vida exterior y hacer distinción entre los días, cualesquiera que sean. Y sin embargo, estamos bajo una impresión más triste todavía. Sin duda esto responde á que tales días, entre seres que se aman tiernamente, son momentos de gran gozo, y nosotros tan desgraciados, tan cruelmente señalados, experimentamos más vivamente aún la necesidad de aproximarnos, de sostenernos y de mantener nuestras fuerzas por una sólida afección...

Paris, 7 Enero 1896.

Acabo de recibir tus cartas. Como siempre me han conmovido hasta lo más profundo de mi alma; mi gozo y mi emoción son inmensos cuando veo tu letra querida, cuando me penetro de tu pensamiento.

Tus cartas revelan una gran energía... ¿pero cómo veo resaltar en ellas tu impaciencia; y cómo la comprendo? ¿Cómo podía ser de otra manera? Entregado á tí mismo, en un aislamiento completo, roído constantemente por atroces angustias, no conociendo nada de la infamia cometida y que nos hace tan desgraciados, arrancado del seno de los tuyos en plena dicha... ¡la situación es verdaderamente de lo más espantoso que puede conocerse!...

LUCÍA.

En la última carta del correo del mes de Enero, iban al pie las siguientes líneas de mi hermano:

Mi querido hermano: Sí, como dices en tu carta del 20 de noviembre, toda mi voluntad, toda mi inteligencia se dirigen á un solo objeto: descubrir la verdad, y llegaremos á ella.

No puedo hacer más que repetirme hasta el día en que pueda decirte: la verdad es conocida, la luz se ha hecho; pero es preciso que vivas hasta ese día, es preciso que tiendas todas las fuerzas de tu sér para resistir á las torturas morales y físicas y esto no es imposible á tu valor...

MATEO

CONTINUACION DE MI DIARIO

15 Marzo 1896, 4 de la mañana.

Imposible dormir. Mi cabeza está horriblemente fatigada por esta terrible inactividad física é intelectual.

El envío de libros que Lucía me anunciaba en sus tres últimos correos no ha llegado todavía. Por otra parte, mi cerebro está tan cansado; que me es imposible leer durante mucho tiempo. Sin embargo, esos cortos intervalos en que puedo escapar á mis pensamientos, me proporcionan un pequeño alivio.

27 marzo 1896.

Acabo de recibir por fin el envío de libros que completaba la expedición hecha el 25 de noviembre de 1895.

5 abril 1896.

Se me acaba de entregar la correspondencia del

mes de febrero. ¡Nunca se desenmascará al culpable!

Cualesquiera que sean mis padecimientos, es preciso que lo luz se haga; así pues, fuera lamentaciones y trabajemos con ahinco.

* *

Extractos de cartas de mi mujer recibidas el 5 abril.

Paris 11 febrero 1896.

No he recibido aún tus cartas de Diciembre; no me quejaré ya de los tormentos que me hace sufrir semejante retraso; todo es inútil, nadie puede comprender cuán vivas son las amarguras causadas por la inquietud; no hay nada más atroz que estar privado de noticias de un sér que se sabe es muy desgraciado, y cuya vida me es cien veces más cara que la mía propia...

Con frecuencia, en mis horas de calma me pregunto por qué se nos sujeta á tamaña prueba, por qué razón hemos sido llamados á soportar un suplicio al lado del cual la muerte sería dulce...

Paris 18 febrero 1896.

Estoy aún sin noticias tuyas; sin embargo, sé que las cartas que me has escrito, están en el ministerio hace tres semanas; estoy muy impaciente por que lleguen á mis manos y por recibir en fin mi consuelo de cada mes: cada retraso de tu correo me causa penosas emociones...

Paris 25 febrero 1896.

En el mismo momento en que terminaba mi última carta para la salida del correo, me traen por fin las tuyas. Gracias de todo corazón por tu admirable firmeza, por las líneas tan tranquilizadoras que me envías...

LUCÍA.

CONTINUACION DE MI DIARIO

5 mayo 1897.

Nada tengo que decir: Todo se parece en su atrocidad.

¡Qué horrible vida! Ni un momento de reposo, ni de noche ni de día. Hasta hace muy poco los vigilantes permanecían sentados por la noche en el cuerpo de guardia, y sólo me despertaba su relevo. ¡Ahora deben pasear sin detenerse y la mayor parte llevan zuecos!

* *

Después, el diario queda interrumpido durante dos meses. Los días pasaban igualmente tristes, igualmente dolorosos, pero conservaba la firme voluntad de luchar, de no dejarme abatir por ninguno de los suplicios que se me infligían. En junio, además, fui atacado de fuertes accesos de fiebre, que llegaron hasta á provocar congestiones cerebrales.

Véanse algunos extractos de cartas de mi mujer recibidos en Mayo y Junio de 1896.

Paris 29 febrero 1896.

Cuando recibía tu correspondencia de diciembre, mis cartas estaban ya en disposición de ir al correo; las pocas líneas que pude añadir aún no han podido expresarte sino insuficientemente la dicha, el gozo inmenso que me proporcionaron. Tus palabras llenas de afecto me han conmovido. Cuando se es tan desgraciado, cuando se tiene desgarrado el corazón, triste el alma, nada tan dulce como sentir en medio de todas las penas un afecto sincero, una abnegación intensa, en que todas las fuerzas vivas, la voluntad, la inteligencia, están concentradas y dispuestas para sostener, y aportan, en defecto de una ayuda eficaz, un socorro moral, que, presente á toda hora, impide el cobarde desfallecimiento en los momentos de un dolor demasiado grande...

Paris 20 marzo 1896.

Puedes imaginar la angustia que siento cuando veo llegar la segunda quincena del mes, lo que significa para mí la salida del correo. Mientras ese momento no está demasiado cerca, espero hasta el último minuto poder anunciarte el término de tus sufrimientos, el fin de nuestras penas. Y después, las cartas se van, vacías como siempre de noticias, y un atroz sentimiento se apodera de mí al pensar en la profunda decepción que sufrirás...

Paris 1 Abril 1896.

He visto partir con una gran tristeza el último correo; hasta el último momento esperaba poderte añadir una palabra que te confortase...

Pero ten ánimo, te lo pido con todas las fuerzas de mi alma, con todas las súplicas de una mujer que te adora, en nombre de tus hijos amados, que te quieren ya con todo su corazón, y que sentirán hacia tí un reconocimiento infinito cuando comprendan la grandeza del sacrificio que les has hecho. En cuanto á mí, no podré decirte bastante la admiración que me causas, con cuánta ternura mi pensamiento te acompaña noche y día, cuánto sufro al verte desgraciado. Tus penas, tu dolor, todas las sensaciones que te torturan encuentran un eco en mí ser y me hacen sufrir atroces angustias. Nada puede consolarme de no vivir á tu lado, de no estar ahí para sostenerte, para evitar tus desfallecimientos, para atenuar tus sufrimientos. En esta espantosa desgracia, hubiera sido un gran alivio para mí el poder estar contigo, el hacerte sentir á cada momento que una naturaleza amante y afectuosa velaba á tu lado, siempre pronta á escuchar tus lamentaciones, á contener el desbordamiento de tu dolor, de tu pena. Pues bien, esta afección tan intensa que hubiera querido aportarte durante esas penas, aumenta aún, si esto es posible, por las angustias atroces que me proporcionan la distancia que nos separa, la falta de noticias, la vida tan triste, tan aislada que soportas. Renuncio en fin á describirte este conjunto de impresiones; son demasia-

do dolorosas y no quiero afectarte, y demasiado profundas para confiarlas á esta hoja de papel, tan fría y tan vulgar...

CONTINUACION DE MI DIARIO

26 julio 1896.

Hace ya mucho tiempo que nada he añadido á mi diario.

Mis pensamientos, mis sentimientos, mi tristeza son los mismos; pero si la debilidad física y cerebral se acentúa más cada día mi voluntad permanece siempre tan fuerte.

Ni siquiera he recibido este mes las cartas de mi mujer.

2 agosto 1896.

Acabo, por fin, de recibir los correos de mayo y junio. Todavía nada, pero no importa. Lucharé contra mi cuerpo, contra mi cerebro, contra mi corazón, mientras me quede un resto de fuerzas, mientras no me echen á la fosa, pues quiero ver el fin de este siniestro drama.

Ansío por nosotros todos que ese momento no tarde.

*
**

Extracto de las cartas de mi esposa, recibidas el 2 de agosto de 1896.

Paris, 10 Junio 1896.

Te escribo, turbada aún, por tus grandes y afectuosas cartas, que acabo de recibir. En los primeros momentos, cuando veo tu letra querida, cuando leo esas líneas que me traen tu pensamiento, las únicas noticias que recibo en todo un mes, me quedo como loca de pena, mi cabeza embotada no comprende nada, y lloro lágrimas ardientes. Después me rehago, me avergüenzo de dejarme abatir por la emoción, vergüenza de mi debilidad, y saco de tu firmeza, de tu energía, de mi potente afección una nueva provisión de valor. Esto no obstante, tus cartas me causan un bien enorme, y si la emoción me quebranta, tengo la felicidad de leerte, la ilusión de oír por algunos momentos tu voz amada...

Paris, 25 Junio 1896.

Añado aún algunas líneas antes de la salida del correo; son para decirte que me siento fuerte, que mi voluntad es inquebrantable, que llegaré á conseguir que te devuelvan tu honor, y te suplico que tengas conmigo una esperanza absoluta en el porvenir, esa fe que nos hace aceptar las más duras situaciones para llegar á devolver á nuestros hijos un nombre sin mancha, un nombre respetado...

LUCÍA.

CONTINUACIÓN DE MI DIARIO

30 agosto 1896.

He aquí de nuevo ese período tan enervante en

que espero mi correo y en que me pregunto qué día llegará y que noticias me traerá.

¡Qué penoso mes de agosto debe haber pasado mi pobre Lucía! Primeramente la carta que le escribí á principios de Julio, en medio de las fiebres que me consumían hacía unos diez días, y después no recibiendo mi correo. Todo viene junto para aumentar mis tormentos. No he sabido contenerme, dominar me y la he enviado todavía mis lamentos de angustia y de dolor, como si ella no sufriese ya bastante, como si su impaciencia por ver llegar el fin de este horrible drama no fuese tan grande como la mía. ¡Mi pobre y querida Lucía! Además, ¡ha debido pasar tan tristemente el día de su santo!

Y creía que me era imposible sufrir más de lo que sufro; este día, sio embargo, ha sido más atroz que los otros. Si no estuviese retenido por una voluntad feroz, comprimiendo mi corazón, todo mi sér, daría alaridos de dolor, tanto mi dolor era áspero, vivo, violento.

A través del espacio, mi querida Lucía, te envió en este momento la expresión de mi afección profunda, de toda mi ternura, y este grito, siempre el mismo, ardiente, invariable: ¡Animo y ánimo!

Ante el objeto á que tendemos, toda la verdad, todo el honor de nuestro nombre, sufrimientos, padecimientos sin número, todo debe desaparecer, todo debe borrarse.

1.º septiembre 1896.

Día atrozmente largo, en la espera, como todos los meses, de mi correo, y preguntándome también qué me traerá.

Estoy como cristalizado en mi dolor; me veo obligado á concentrar todas mis fuerzas para no pensar más, para no ver más.

¡Qué dolor, qué suplicio, para toda una familia cuya vida entera es una vida de honor, de rectitud, de lealtad!

Miércoles, 2 septiembre, 10 mañana.

Los nervios me han hecho sufrir horriblemente toda la noche; hubiera querido calmarlos un poco dando un paseo esto mañana. Pero cae una lluvia torrencial, extraordinaria en este período de año, pues estamos en la estación seca.

Y de nuevo sin nada que leer. Ninguna de las remesas de libros, hechas por mi querida Lucía desde el mes de marzo, ha llegado á mis manos. Nada por lo tanto puede aliviar la atroz duración de las horas. Yo había pedido, no hece mucho tiempo, cualquier trabajo manual que me ocupase un poco; no me han respondido.

Observo el horizonte á través de la reja de la llegada del correo que viene de Cayena.

Mismo día, mediodía.

Veo en el horizonte un penacho de humo del lado de Cayena. Debe ser el correo.

Mismo día, 7 de la tarde.

El correo ha llegado á la rada á la una de la tar-

de; tampoco me trae cartas y pienso si no habrán llegado á la capital. ¡Qué infernal suplicio!

Pero por encima de todo se cierne inmutablemente el cuidado de nuestro honor; el objeto invariable es ese, el que nos sostiene en todos nuestros sufrimientos.

Jueves, 3 septiembre, 6 de la mañana.

Noche horrible de fiebre y de delirio.

9 de la mañana.

La lancha ha llegado y no trae todavía mis cartas. Es evidente que se han quepado en Cayena donde están desde el 28 del mes pasado.

Viernes, 4 septiembre 1896.

Ayer por la tarde recibí el correo consistente en una sola carta de las que me ha escrito mi querida Lucía. ¡Cómo se nota en todos un sufrimiento horrible, una desesperación feroz, por no poder anunciarme el descubrimiento del culpable, el término de nuestros tormentos!

El sudor caía por mi frente al leer las cartas de los miembros de mi familia, y las piernas me temblaban.

¿Es posible que seres humanos puedan padecer así, de un modo tan imerecido?

Ante una situación tan atroz las palabras no tienen ningún valor; casi no se sufre ya, tanto se embrutece uno.

¡Oh, mi pobre Lucía! ¡Oh, mis queridos hijos!

¡Ah! ¡Que el peso de todas estas torturas sin nombre caiga sobre aquellos que han perseguido así á un inocente, á toda su familia, el día en que la luz se haga, en que el culpable sea descubierto!

Sábado, 5 septiembre 1896.

Acabo de escribir tres extensas cartas, sucesivamente, á mi querida Lucía, para decirla que no se deje abatir, sino que obre, que haga un llamamiento á todos los amigos, pues una situación semejante, soportada desde hace tanto tiempo, se vuelve demasiado abrumadora, demasiado otroz. Se trata del honor de nuestro nombre, de la vida de nuestros hijos; ante este objeto todo debe callar, todo cuanto ruge en nuestros corazones, todo lo que desquicia nuestros espíritus, todo cuanto hace subir la hiel del corazón á los labios.

Ni aún siquiera hablo de mis días; todas se parecen en su atrocidad.

Domingo, 6 septiembre 1896.

Acaban de prevenirme que ya no podré pasearme en la parte de isla que me estaba reservada y sólo podré caminar al rededor de mi casa.

¿Cuánto tiempo resistiré aún? No lo sé. Deseo que este horrible suplicio termine pronto; si no lego mis hijos á la Francia, á la patria á la que he servido siempre con afección, con lealtad, suplicando con toda mi alma, con todas mis fuerzas, á aquellos

que están al frente de los negocios de nuestro país, que hagan la luz más completa acerca de este espantoso drama. Y aquel día, que comprendan lo que unos seres humanos han sufrido inmerecidamente y tengan para mis pobres hijos toda la compasión que merece semejante infortunio.

El mismo día, 2 de la tarde.

¡Cuánto me duele la cabeza! ¡Qué dulce me sería la muerte?

¡Oh, mi querida Lucía, mis pobres hijos, todos mis caros seres!

¿Qué he hecho yo en la tierra para padecer tanto?

Lunes, 7 septiembre 1896.

¡Ayer tarde me pusieron grilletes!

¿Por qué? Lo ignoro.

Desde que estoy aquí he seguido estrictamente el camino que me han trazado y he observado íntegramente la consigna que me ha sido dada.

¿Cómo no me he vuelto loco ante la duración de esta horrible noche? ¡Cuánta fuerza nos da la conciencia, el sentimiento del deber para con los hijos!

Inocente, mi obligación es llegar al límite de mis fuerzas, en tanto que no me haya muerto; cumpliré sencillamente mi obligación.

En cuanto á los que de este modo se han constituido en verdugos míos... ¡ah!... yo les dejo su conciencia por juez, cuando la luz sea hecha, la ver-

dad descubierta, pues, tarde ó temprano, todo se descubre en la vida.

El mismo día.

Lo que sufro es horrible, pero ni siquiera guardo cólera á los que martirizan así á un inocente; sólo me inspiran una gran lástima.

Martes 8 septiembre 1896.

¡Esas noches con grillos! No hablo ahora del suplicio físico; pero ¡qué suplicio moral! ¡Y sin ninguna explicación, sin saber por qué, sin conocer la causa! ¡En qué horrible y atroz pesadilla vivo bien pronto hará dos años!

En fin, mi deber es ir hasta el cabo de mis fuerzas; iré, sencillamente.

¡Qué agonía moral, para un inocente, peor que todas las agonías físicas!

Y en esta profunda miseria de todo mi ser, os envío todavía la expresión de mi afecto, de mi amor, mi querida Lucía, mis amados hijos.

El mismo día, 2 de la tarde.

Mi mente está de tal modo conmovida, de tal modo trastornada por todo lo que me sucede desde hace dos años, que no puedo más, que todo desfallece en torno mío.

Esto es demasiado para la resistencia humana.

¡Quién estuviera en la tumba! ¡Oh, el reposo eterno!

Otra vez más, para cuando la verdad sea un hecho, ¡oh! lego mis hijos á la Francia, á mi querida patria.

Mi querido y pequeño Pedro, mi querida y pequeña Juana, mi querida Lucía, vosotros todos á quienes amo en lo más profundo de mi corazón, con todo el ardor de mi alma, creed, si leéis estas líneas, que he hecho todo cuanto es humanamente posible para resistir.

Miércoles, 9 septiembre 1896.

El comandante de las islas vino ayer tarde. (1) Me ha dicho que la medida tomada conmigo, no era un castigo, sino «una medida de seguridad», pues la administración no tenía ninguna queja que exponer contra mí.

¡Poner los grillos por medida de seguridad, cuando estoy ya custodiado como una fiera noche y día por un centinela armado de revólver y fusill! No, es preciso decir las cosas como son. Es una medida de odio, de tortura ordenada desde París por aquellos que no pudiendo descargar sus golpes sobre una familia, los descargan sobre un inocente, porque ni éste ni su familia no quieren ni deben inclinarse ante el más espantoso de los errores judiciales que haya podido cometerse jamás.

No sé quién es el que se constituye así en mi verdugo y el verdugo de mi familia.

Se nota perfectamente que la administración lo

(1) Este comandante, que siempre había guardado una actitud correcta, y cuyo nombre no supe jamás, fué reemplazado por Dentel poco tiempo después.

cal (excepto el vigilante jefe, especialmente enviado de París) tiene horror á las medidas tan arbitrarias, tan inhumanas que se ve obligado á aplicar, pero no puede discutir las órdenes que recibe.

No, la responsabilidad alcanza más alto, al autor ó á los autores de esas órdenes inhumanas.

En efecto, cualesquiera que sean los suplicios, las torturas físicas ó morales que se me inflijan, mi deber, el de los míos, ha de ser siempre el mismo: el de pedir, el de querer la luz más clara acerca de este espantoso drama, como inocentes que no tienen nada que temer, que nada temen, puesto que la única cosa que piden es la verdad.

Cuando pienso en todo esto, ni aun siento cólera; tan sólo una inmensa compasión por los que atormentan así á sus semejantes. ¡Cuántos remordimientos se preparan cuando la luz se haga, pues la historia no guarda secretos!

Todo es tan triste en mí, mi corazón está tan destrozado, que á duras penas puedo reunir mis ideas; esto es verdaderamente sufrir demasiado, y siempre ante mí ese espantoso enigma.

Jueves, 10 septiembre 1896.

Estoy de tal modo rendido, tan quebrantado de cuerpo y alma, que cierro hoy este diario, no pudiendo prever hasta dónde llegarán mis fuerzas, pues cualquier día mi cerebro estallará bajo el peso de tantas torturas.

Lo termino dirigiendo al señor Presidente de la República esta súplica suprema, en el caso en que

Cahier Condemner Cingenta feuilles
Commence le 27 Mars 1898 et termine
le 9 Avril 1898.

Heure de l'après midi de 10 ans 1898

Le Comte de Sguy

Deville

Facsimil de las notas que ponía Deviel en el cuaderno terminado.

Le souffrance, bien plus que le feu, nous l'ait
à tous sorts d'invention et par conséquent
Causant de tous. Tout d'ailleurs nous, tant
Avec d'histoire que par le passé et le
Nécessité. Les inventions, ainsi répétées, le souffrance, ainsi
dépendent de l'existence d'un animal pour former
immuable et commun, si ce n'est de la possibilité, le
mieux, toute le souffrance, humaine, et remuement
Premier feuillet
Le 9 Mars 1898

Double than the stars are fire
Double that the sun doth make
Double that to be a hat
But never could I love -

Compendium
Deville
Le 9 Mars 1898

Facsimil de la primera y de la última plana de un cuaderno

sucumbiese antes de haber visto el final de esto horrible drama:

«Señor Presidente de la República:

> Me permito suplicarle, que este diario, escrito día por día, sea remitido á mi mujer.

> Se encontrarán en él quizás, señor presidente, gritos de cólera, de espanto, contra el fallo más horrible que haya caído sobre un sér humano, y sobre un sér humano que nunca ha faltado al honor. No me siento con ánimos de repasarlo, de rehacer este terrible viaje.

> No recrimino hoy á nadie; todos han creído obrar con la plenitud de su derecho, de su conciencia.

> Declaro sencillamente aun que soy inocente de ese crimen abominable, y no pido sino una cosa, siempre la misma, la busca del verdadero culpable, al autor de este abominable delito.

> Y el día en que la luz se haga, pido que se tenga para mi querida esposa, para mis queridos hijos, toda la compasión que pueda inspirar tan gran infortunio».

FIN DEL DIARIO

VIII

Los días transcurrieron así tristes y dolorosos, durante el primer periodo de mi cautividad en las islas de la Salvación. Recibía trimestralmente algunos libros que me remitía mi mujer, pero no tenía ninguna ocupación manual; las noches, sobre todo, que en aquel clima son invariablemente de doce horas, éranme atrozmente largas. En el mes de julio de 1895, formulé una petición para que se me permitiese comprar algunos útiles de carpintería, pero se me opuso una negativa categórica por la dirección del servicio penitenciario, á pretexto de que los útiles podían constituir medios de evasión. ¡No comprendo como con una garlopa pudiese evadirme de una isla, donde se me vigilaba de cerca noche y día!

En otoño de 1896, el régimen ya tan severo á que se me sometía, se hizo más riguroso aún.

El 4 de septiembre de 1896, la administración penitenciaria recibió de M. Lebón, ministro de las Colonias, la orden de tenerme, hasta nueva orden, encerrado en mi caseta noche y día, con doble argolla de noche, de rodear el perímetro del paseo, alrededor de la choza, con una sólida empalizada, con centinela interior, además del vigilante de guardia en mi caseta. Además, quedaba suspendido el envío de cartas y libros que me dirigían; la transmisión de mi correspondencia no debía ya hacerse sino mediante copia.